

NIHILISMO Y VOLUNTAD DE PODER EN DOSTOIEVSKI. UNA LECTURA DE EL JUGADOR A PARTIR DEL PENSAMIENTO DE NIETZSCHE

Nihilism and Will to Power in Dostoevsky.
A Reading of the Player from Nietzsche's Thought

Miguel González Vallejos
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESUMEN: En el presente trabajo se analiza la novela breve *El jugador* de Dostoievski a partir de los conceptos desarrollados por Nietzsche de nihilismo y de voluntad de poder. La tesis central del trabajo sostiene que *El jugador*, lejos de ser una obra menor de carácter humorístico, es el retrato de una forma no violenta de nihilismo que encuentra en el juego el sentido existencial que se ha perdido después del fenómeno cultural denominado la muerte de Dios.

Palabras clave: *El jugador* – Dostoievski – Nietzsche – nihilismo – voluntad de poder

ABSTRACT: This paper analyzes Dostoevsky's novella *The Gambler* through the lens of Nietzsche's concepts of nihilism and the will to power. The central thesis argues that *The Gambler*, far from being a minor, humorous work, is a portrait of a non-violent form of nihilism that finds in gambling the existential meaning lost after the cultural phenomenon known as the death of God.

Keywords: *The Gambler* – Dostoevsky – Nietzsche – nihilism – will to power

1. INTRODUCCIÓN

EN COMPARACIÓN CON OBRAS definitivas como *Crimen y castigo*, *El idiota*, *Los demonios* o *Los hermanos Karamazov*, es comprensible que una novela corta y aparentemente humorística como *El jugador* pase inadvertida o sea considerada una obra menor. Una lectura atenta, sin embargo, muestra con claridad que en ella tiene lugar una profunda reflexión acerca del nihilismo

ESTUDIOS NIETZSCHE, 25 (2025), pp. 73-90. ISSN: 1578-6676.

© Sociedad Española de Estudios sobre Friedrich Nietzsche (SEDEN)

Recibido: 27-08-2024 Aceptado: 10-11-2025

Esta obra está bajo licencia internacional [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0.](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/)

contemporáneo, el cual está íntimamente asociado al acontecimiento cultural que Nietzsche denominó «la muerte de Dios».

Ya en el año 1863, Dostoievski tenía en mente al protagonista de la novela, un hombre culto y vacilante «que ha perdido la fe, pero que no se atreve a creer, que se rebela contra el orden establecido y sin embargo le teme» (Carta a N. Strájov citada por Frank 2017, p. 228). En la versión definitiva (1866) nos encontramos con un relato en primera persona de un joven ruso de 28 años llamado Alexei Ivánovich, profesor allegado a una familia noble rusa encabezada por el arruinado General Zagoriaski, y que vive junto a ella en un hotel de la ciudad alemana de ficción llamada Roulettenberg.

Alekséi Ivánovich es el preceptor de los hijos menores del General y está enamorado de su hijastra Praskovia Alexándrovna, llamada familiarmente Polina. En torno al General vive una suerte de séquito o corte: su amante *madeimoselle* Blanche de Cominges; el inglés Mr. Astley, amigo del protagonista, accionista de una empresa de azúcar y el único hombre honesto del grupo; el supuesto marqués francés De Grillet, acreedor del General, que posee hipotecas y pagarés que garantizan su deuda y que es además pretendiente de Polina. Todos estos personajes son aristócratas reales o fingidos que vive en la más absoluta ociosidad y esperan la muerte de la *abuela madame la générale princesse* Antonida Vasílievna Tarasévicheva, una mujer mayor que vive en Moscú, postrada en una silla de ruedas y de carácter temible, en cuya herencia ponen todas sus esperanzas de salvación.

Alekséi Ivánovich relata la acelerada decadencia de esta familia rusa ampliada. En su aguda y cínica narración se habla acerca de las equívocas e interesadas relaciones entre los personajes, especialmente entre Polina, Grillet y el mismo narrador; la sorpresiva llegada de la «moribunda» abuela y su tragicómica incursión en el casino, que la deja completamente arruinada; el golpe de suerte de Alekséi Ivánovich y su caída en la ludopatía, así como el fin de su relación con Polina, su viaje a París con *madeimoselle* Blanche, el grotesco derroche de todo lo que había ganado en la ruleta y su ruina final.

En *Dostoievski. Los años milagrosos*, 1865-1871, Frank afirma que es un error considerar esta obra en términos puramente autobiográficos, a pesar de que es indudable que Dostoievski fue ludópata durante varios años de su vida, con desastrosas consecuencias. Para el biógrafo las claves de lectura adecuadas para interpretar *El jugador* se encontrarían más bien en el retrato que la novela ofrece del carácter nacional ruso en contraste con las idiosincrasias francesa, polaca, alemana e inglesa y en la necesidad de autoafirmación egoísta del protagonista, la cual lo conduce al juego, el principal mecanismo de validación social de Roulettenberg (cf. Frank 2017, pp. 230ss.).

Alekséi Ivánovich sostendrá a lo largo de la novela que la ruleta *es un juego ruso*, aludiendo con esto al contraste que existiría entre los alemanes,

dedicados a ganar dinero a través del trabajo honrado durante generaciones, y la búsqueda rusa del enriquecimiento fácil. Alekséi Ivánovich argumenta en favor de la superioridad moral del método ruso. En esta misma línea, la figura de la abuela representaría las virtudes prácticas y la bondad de la nobleza campesina rusa, la cual, si bien se deja seducir por las gustos y modas extranjeras y cae así temporalmente en el nihilismo, vuelve finalmente a su tierra y sus costumbres, donde encuentra su felicidad y salvación. Es importante, en este contexto, el propósito con el que vuelve a Rusia: financiar la construcción de una iglesia (cf. Frank 2017, pp. 234ss.). Consagrarse la propia vida al vértigo de la apuesta, en cambio, representa una visión hedonista de la vida que lleva a olvidar todas las relaciones humanas y que, el contexto de la trama, provocará el quiebre definitivo entre Alekséi y Polina.

Jackson, desde un punto de vista filosófico, considera como punto focal de la interpretación de la obra la pérdida de la fe en Dios. En ese sentido, este autor afirma que la tragedia del jugador radica, desde la perspectiva de Dostoievski, en que el hombre que se ha desarraigado de su nación y de su gente y que ha perdido la fe en Dios. «La causa del mal... es la falta de fe», insiste Dostoievski en una carta a A. F. Blaganravov del 19 de diciembre de 1880, y «el que niega al pueblo niega la fe». El jugador encuentra un padre o madre sustitutos en el destino, la oportunidad o la suerte. El abandono de sí al destino es un desastre moral y espiritual para el hombre (cf. Jackson 2024, pp. 114-115).

A este análisis Jackson agrega que Dostoievski sitúa la inmoralidad del juego en tres niveles: (a) el juego es equivalente al mercado capitalista, (b) despierta los instintos depredadores, la codicia y el deseo de poder y (c) el mero acto de jugar «es una afirmación consciente o inconsciente de la falta de sentido del universo, del vacío de toda decisión humana [...] El jugador es fatalista» (Jackson 2024, p. 115). El correlato moral del juego es la afirmación de que «todo está permitido»; de esta manera, la creencia en el destino remplaza la fe en la muerte y resurrección de Cristo (Ibid., p. 121).

En una línea complementaria a la propuesta por Jackson, Cherkasova interpreta *El jugador* desde una perspectiva existencial, simbolizada por el número *zero* como objeto de apuesta, el cual, por su carácter ambiguo — ni par ni impar, ni rojo ni blanco — no pertenece a ninguna categoría. Cuando la bolita cae en el *zero*, gana la casa y aquellos que han apostado por ese número. De esta manera, «la ruleta se transforma en un juego de suma-cero: ganar o morir, que intensifica la falsa creencia del ganador en su habilidad superior para hackear el juego y triunfar sobre todos» (Cherkasova 2024, p. 167).

La autora destaca la relación que existe entre la creencia en la propia omnipotencia que experimenta el jugador con la subyacente ansiedad ante la muerte. El personaje de la abuela, quien se obsesiona con apostar por el *zero*,

vuelve a la ruleta una y otra vez en un inútil intento de recapturar el sentimiento de control, grandiosidad y plenitud de vida [...] Predeciblemente, la abuela “pierde todo”, y termina enfrentando no solo la ruina financiera, sino también un colapso existencial mayor [...] Su mágico *zero* resulta ser un número traicionero (Ibid., p. 173).

Hasta aquí el resumen de la discusión bibliográfica acerca de *El jugador*. Especialmente importante para efectos de este trabajo son los aportes de Jackson y Cherkasova, quienes se acercan a la dimensión moral y existencial de la obra, las cuales pueden ser fácilmente preteridas a causa del cinismo y aparente superficialidad del relato. Apoyándome principalmente en estas dos interpretaciones, analizaré la obra desde la perspectiva del nihilismo contemporáneo, la cual remite necesariamente a Nietzsche, y sostendré que *El jugador* trata en realidad de la voluntad de poder y de la muerte de Dios y sus fatales consecuencias para la existencia humana de carne y hueso.

2. UNA LECTURA DE EL JUGADOR DESDE EL NIHILISMO CONTEMPORÁNEO

En un fragmento escrito en el otoño de 1887, Nietzsche dice: «Nihilismo: falta el fin; falta la respuesta al “¿para qué?”; ¿qué significa nihilismo? *Que los valores supremos se desvalorizaron*» (Nietzsche 2016a, FP IV 9 [35]).

Existe consenso en que el origen del nihilismo se remonta a Dostoievski y a Nietzsche, aunque el primero en utilizarlo fue Turgeniev en la novela *Padres e hijos*. Después de la muerte de Dios, es decir, de la pérdida de vigencia práctica del cristianismo, «el hombre contemporáneo se encuentra en una situación de incertidumbre y precariedad» (Volpi 2005, p. 15). En *Así habló Zarathustra*, Nietzsche solo ve dos alternativas posibles para la humanidad que vive después de este acontecimiento: *el último hombre*, es decir el *hombre masa* que vive de acuerdo con las tendencias y modas vigentes, renunciado a pensar por sí mismo, y *el superhombre*, es decir, aquel hombre que se ha transformado en señor de sí mismo, que busca la grandeza y que define su propia moral. Dostoievski, por su parte, habiendo adherido a las corrientes revolucionarias en su juventud y habiendo sido condenado a la cárcel de Siberia por ello, rechaza fuertemente tanto el nihilismo teórico de la época de Turgeniev—la década de 1840— como el nihilismo revolucionario de la generación posterior. Esta visión quedó reflejada magistralmente en *Crimen y castigo* y luego, de manera mucho más elaborada, en *Los demonios*.

Aparentemente *El jugador* sería una obra ajena a los problemas existenciales y se trataría más bien de un relato autobiográfico escrito por

un adicto al juego. Esta visión, sin embargo, es completamente errada. Por medio del concepto de nihilismo propuesto por Volpi, mostraré a lo largo de este trabajo que Dostoievski lleva a cabo en esta obra una reflexión acerca de la condición humana en la época contemporánea tan relevante como la que realiza en sus cinco obras centrales y que en ella aborda el tópico de la voluntad de poder, el cual sería desarrollado dos décadas más tarde por Nietzsche en textos como *Así habló Zaratustra*, *Más allá del bien y el mal* y la *Genealogía de la moral*. Dado que Nietzsche desarrolla a fondo la idea de voluntad de poder y que además fue un atento lector de Dostoievski, su obra debe ser tenida en cuenta a la hora de interpretar la obra *El jugador*.

El relato en primera persona de Alekséi Ivánovich —un narrador «poco confiable» que contaría la historia deformada por sus propias frustraciones y quejas (cf. Frank 2017, p. 230)— comienza con su llegada a la ciudad alemana de Roulettenberg tres días después del arribo a la familia a la que sirve. Ya en la primera página del escrito se queja del trato displicente que le da el General y de la indiferencia de Polina. El narrador tiene conciencia de que su empleador vive de apariencias: todos lo creen millonario, pero la verdad es que está arruinado; así también, sabe que los apellidos con los que se presenta *madeimoselle* Blanche de Cominges no son reales, así como el título de Marqués que ostenta el arrogante francés De Grillet. Todo el grupo está a la expectativa de la llegada de la noticia de la muerte de la abuela, cuya herencia sería suficiente para saldar las deudas y mantener indefinidamente un estilo de vida ocioso y derrochador. Polina podría casarse con De Grillet y *madeimoselle* Blanche de Cominges aceptaría finalmente casarse con el General Zagoriaski, para así llegar a ser *generala*.

En el segundo capítulo de la obra nos encontramos con las primeras reflexiones del narrador acerca del juego. Todavía no experimenta ninguna ansiedad por ir a la ruleta; su caída en la ludopatía solo tendrá lugar al final del relato. Alekséi Ivánovich acude a jugar solo por encargo de Polina. Contra los que piensan que esperar algo del juego es estúpido y absurdo, él escribe en sus apuntes: «¿Por qué el juego es peor que cualquier otro modo de adquirir dinero, que el comercio, por ejemplo? Es verdad, de cien gana uno; pero ¿qué me importa a mí?» (Dostoievski 1973, p. 20).

Luego agrega que el juego «es la ocupación más vacía e imprevisora» (*Ibid.*, p. 21) y distingue entre «el juego de caballeros y otro plebeyo, interesado, el juego de la chusma» (*Ibid.*). El caballero juega por diversión y curiosidad y no le importa ganar o perder, ya que «el dinero es algo tan inferior al espíritu caballeresco, que casi no merece la pena ocuparse de él» (*Ibid.*, p. 22). El juego de la chusma, en cambio, es muy sucio y está lleno de robos que deben ser controlados por los *croupiers*. A pesar de estos comentarios despectivos, Alekséi Ivánovich declara sentirse parte de esa chusma y prefiere no escribir

sobre sus propias convicciones morales, ya que le cuesta terriblemente ajustar sus actos e ideas a una medida moral, sea cual fuere (*Ibid.*, p. 23).

Al entregarle a Polina las ganancias obtenidas, entabla con ella un diálogo significativo. Le dice que ya no jugará para ella, sino por su cuenta. Al preguntar Polina la razón de esta decisión, Alekséi Ivánovich responde:

-Porque quiero jugar por mi cuenta —contesté, mirándola con asombro— y eso es un obstáculo.

- ¿Sigue, pues, convencido de que la ruleta es su única salida, su salvación? —preguntó ella, en todo de burla.

Le repetí muy en serio que sí. En lo que se refería a mi seguridad de que ganaría infaliblemente, podía parecerle ridícula, estaba de acuerdo, pero le pedí que me dejase en paz (*Ibid.*, p. 24).

En estos primeros capítulos nos encontramos con la descripción de un mundo completamente materialista. A diferencia de las cinco grandes obras de Dostoievski, no hay en *El jugador* ningún personaje luminoso, como Sonia Marmeladow de *Crimen y castigo*, el príncipe Myshkin, protagonista de *El idiota* o Makar Ivánovich, el santo peregrino que aparece en *El adolescente*. Tampoco hay en esta obra revolucionarios, rebeldes metafísicos como Rodion Raskólnikov o Iván Karamázov o grandes villanos. En Roulettenberg la gran mayoría de los personajes son arribistas: nobles falsos o arruinados, que ven en el dinero fácil su única salvación. El horizonte de sentido de los personajes de esta historia, por lo tanto, es nihilista. Entendemos este término en el sentido que lo hace Volpi, quien dice que el nihilismo es

la situación de desorientación que aparece una vez que fallan las referencias tradicionales, o sea, los ideales y los valores que representaban la respuesta al ¿“para qué”? , y que como tales iluminaban el actuar del hombre. (Volpi 2005, p. 16).

De acuerdo con esta tesis, lo propio de la época contemporánea es la *desorientación existencial*. Esa es precisamente la situación en que se encuentra Alekséi Ivánovich, Polina y los demás personajes de *El jugador*. En *Crimen y castigo*, obra escrita en paralelo a la novela breve que analizamos, la pérdida del horizonte de trascendencia por parte del protagonista de la obra, Rodion Raskólnikov, lo conduce a la adopción de una ideología que distingue entre *hombres ordinarios* y *hombres extraordinarios*, y que le otorga a estos últimos el privilegio de prescindir de la moral para buscar el bien superior de la humanidad; esta idea lleva a Raskólnikov cerca de la locura y lo induce a cometer un doble homicidio. Algo similar ocurre en *Los demonios*, novela en la que Kirillov decide suicidarse para probar la omnipotencia de su voluntad y Stavroguin quiere sembrar el caos para tomar el poder nombrado un nuevo *zarevich*.

El punto central que quisiera desarrollar ahora radica en que el narrador de *El jugador* experimenta en carne propia el sin sentido de su propia vida y que frente a la mediocridad de su existencia adopta una actitud cínica y, al mismo tiempo, lúcida, excepto cuando se trata del juego. Apostar en la ruleta se transformará para él en *una experiencia dadora de sentido* frente a la cual todo lo demás, incluso el amor y la amistad, tendrá que ceder. La actitud de apostar todo a una sola ficha *a la manera rusa*, es decir, completamente al azar y en grandes cantidades, se replicará también en sus decisiones relativas a su vida personal y sentimental, y lo llevará a actuar de una manera completamente egoísta e irracional. A pesar de que Alekséi Ivánovich solo se transforma en jugador al final del relato, su naturaleza de apostador se manifiesta ya desde el principio de la obra. Para él, la condición de *apostador* es un rasgo típicamente ruso. La ruleta, afirma, «solo se ha hecho para los rusos» (Dostoievski 1973, p. 33). Interrogado por las razones que justifican esta idea, el narrador dice que se funda

en el hecho de que en el catecismo de las virtudes y méritos del hombre civilizado de Occidente ha entrado históricamente, y casi como su punto principal, la capacidad de adquirir bienes. El ruso, en cambio, no solo es incapaz de adquirirlos, sino que los derrocha sin cálculo alguno y de una manera estúpida. No obstante, nosotros, los rusos, también necesitamos dinero —añadí—, y por consiguiente mostramos gran afición a recursos como la ruleta, por ejemplo, que permite enriquecerse de pronto, en dos horas, sin necesidad de trabajar en absoluto. Esto nos seduce mucho, pero como jugamos a lo que salga, sin tomarnos ningún trabajo, perdemos (Dostoievski 1973, p. 33).

Y todavía agrega: «Todavía no se sabe qué es peor: la perversión rusa o el modo alemán de acumular dinero mediante el trabajo honrado» (*Ibid.*)

Dostoievski formula así una crítica al ruso que vaga por Europa y que ha perdido su identidad, volviéndose hedonista. Es el caso de los personajes de esta novela, todos últimos hombres en el sentido nietzscheano, como veremos, encabezados por Alexei Ivánovich y Polina. La idea del *juego ruso* que va acompañada de una larga perorata acerca del *Vater* [padre] alemán, tiene una connotación nihilista, ya que cuestiona uno de los pilares de la sociedad occidental y particularmente del protestantismo, a saber, la acumulación de riqueza por medio del trabajo honrado. La anulación o relativización del valor del trabajo honrado tiene como correlato la legitimación del enriquecimiento rápido y fácil por medio de la ruleta. Así también ocurre con el respeto a las jerarquías sociales y a las normas de trato asociadas a ellas. Desafiado por Polina, Alekséi Ivánovich se burla de un pomposo barón alemán y su mujer. Esto le cuesta su puesto como preceptor en la casa del General Zagoriaski, algo que a él lo tiene sin cuidado (*Ibid.*, cap. VI).

La suerte de Alekséi Ivánovich comienza a cambiar con la sorpresiva llegada de la madre del General Zagoriaski, la *abuela madame la générale princesse* Antonida Vasílievna Tarasévicheva, suceso que espanta a todos los miembros de la familia, ya que todos esperaban la noticia de su muerte para así recibir la cuantiosa herencia. La autoritaria, voluntariosa y, a pesar de todo, bondadosa abuela exige la presencia inmediata del desafectado Alekséi Ivánovich, quien acude inmediatamente y la guía en su primera visita al casino, ocasión en la que ella gana una importante cantidad apostando al *zero*. El problema es que la abuela cae rápidamente en la ludopatía, a tal punto que el narrador de la historia se niega a seguir acompañándola, mostrando así algún grado de integridad moral (*Ibid.*, cap. IX-XII).

Después de la partida de la abuela de vuelta a Rusia se produce una violenta catástrofe en la vida de Alekséi Ivánovich. El anota retrospectivamente en su cuaderno, durante un otoño pasado en una triste ciudad alemana, sintiéndose «más solo que un hongo»: «¿No perdí entonces la razón y no estuve todo este tiempo en un manicomio?» (*Ibid.*, p. 115).

Junto con la abuela partió también De Grillet, humillando así a Polina (*Ibid.*, cap. XIV). Ella llega entonces a la pieza de hotel de Alekséi Ivánovich y sorpresivamente le declara su amor, mostrando por primera vez sus sentimientos de manera abierta y quedando en una posición absolutamente vulnerable frente a él. Polina actúa así de manera irracional y autodestructiva, tal como lo haría el jugador empedernido ante la ruleta. Incomprendiblemente Alekséi, en lugar de quedarse junto a ella, a quien había dicho que estaba dispuesto a todo para demostrarle su amor, la deja en su cuarto y parte al casino. En sus apuntes podemos leer un intento de explicación:

Sí, a veces la idea más disparatada, la idea más posible se mete con tal fuerza en la cabeza que uno acaba por tomarla como algo realizable... Más aún: cuando a la idea se une un deseo intenso, apasionado, en ocasiones lo acepta uno como fatal, necesario, impuesto por el destino, como algo que no puede por menos de suceder (Dostoievski 1973, pp. 130-131).

Ya en el casino, Alekséi Ivánovich tiene una increíble racha de buena suerte. Sin cálculo alguno, en estado febril, «como en un sueño» y «apostando su vida entera» (*Ibid.*, pp. 131-132), el protagonista de *El jugador* logra ganar en unas pocas horas la increíble cantidad de cien mil florines.

Los acontecimientos se suceden rápidamente. Alekséi Ivánovich se obsesiona con el dinero ganado; Polina, en cambio, le pregunta si acaso la quiere; él la abraza, la besa y pasa la noche con ella, comprometiéndola así ante todo su círculo social. Al otro día, sin embargo, cuando Alekséi le ofrece cincuenta mil francos, ella se los tira en la cara y sale corriendo de la habitación. Esta actitud, a todas luces provocada por la falta de compromiso

de Alekséi, lo deja confundido. Entre las posibles explicaciones, como el orgullo ofendido o la desesperación, elige creer que «la vanidad la inducía a no creerme y a ofenderme, aunque es muy posible que todo fuera para ella misma algo oscuro» (*Ibid.*, p. 140).

En un giro inesperado de la trama, la amante del General, *madeimoselle* Blanche, enterada de que Alekséi Ivánovich ha ganado una fortuna, lo seduce y ambos parten inmediatamente a París, donde derrochan con gran estilo, en un par de meses, todo el dinero ganado en la ruleta. Fiel a su personalidad y a su visión fatalista del mundo, Alekséi Ivánovich la deja hacer lo que quiera, incluso recibir de vuelta al General Zagoriaski y casarse con él. Previsiblemente, Blanche termina abandonando a Alekséi, quien se queda sin un rublo.

El relato termina con un capítulo final escrito un año y ocho meses después de los sucesos ocurridos en Roulettenberg. Encontramos al protagonista convertido en «algo mucho peor que un mendigo» y consciente de haber sido la causa de su propia perdición (*Ibid.*, p. 157). Durante ese lapso de tiempo, había trabajado como ayuda de cámara y caído en prisión por deudas; también había vuelto a ganar y perder en la ruleta. «El juego no me abandona ni en los sueños —dice—, pero me parece como si me hubiera insensibilizado, como si permaneciese en la ciénaga». Solo cuando volvió a ganar sintió que «¡de nuevo era un hombre!» (*Ibid.*, p. 159).

Deambulando por la ciudad alemana en la que vive, se encuentra aparentemente por casualidad con su antiguo amigo inglés Mr. Astley, quien le cuenta que la abuela finalmente ha muerto y que Polina ha recibido una herencia de siete mil libras. El inglés le reprocha a Alekséi Ivánovich su conducta en duros términos:

Se ha anquilosado [usted] — observó —: no solo ha renunciado a la vida, a sus intereses sociales, a los deberes de ciudadano y de hombre, a sus amigos (los tenía, a pesar de todo), no solo ha renunciado a cuanto no sea ganar en el juego: ha renunciado incluso a sus propios recuerdos. Le recuerdo a usted en unos instantes cálidos y fuertes de su vida, pero estoy convencido de que ha olvidado sus mejores impresiones de entonces; sus sueños, sus más imperiosos deseos de ahora, no van más allá del *pair et impair, rouge, noir*, los doce centrales, etc. ¡Estoy seguro! (*Ibid.*, p. 161).

Mr. Astley termina revelándole que ha sido enviado por Polina a verlo y que ella siempre lo amó; ahora puede decírselo, le dice, porque es un hombre perdido. Le ofrece un poco de dinero; no le ofrece más porque sabe que lo perderá en el casino. Las últimas reflexiones del narrador reflejan patéticamente los rasgos propios del jugador: aun piensa que basta con seguir el método correcto para volver a ganar en la ruleta.

3. NIHILISMO Y VOLUNTAD DE PODER

Hemos sostenido hasta ahora que el nihilismo es una clave interpretativa fundamental a la hora de interpretar la novela *El jugadore*. Dicho con más precisión, sostenemos que *el protagonista Alekséi Ivánovich es un personaje nihilista*, no a la manera violenta descrita en *Los demonios*, sino más bien de una manera cínica y fatalista.

Para comprender la noción de nihilismo se debe tomar en cuenta a Nietzsche, quien dice que «los valores supremos se desvalorizaron» (Nietzsche 2016a, FP IV p. 9 [35]), y a Volpi, quien se refiere a la situación de incertidumbre y precariedad en que se encuentra el hombre contemporáneo (Volpi 2005, p.15). Nietzsche, además, hace una importante distinción: critica al *nihilismo pasivo*, porque lo asocia a una reducción del valor de la vida y se asocia a Dios, la moral y la resignación y defiende el *nihilismo activo*, en cambio, es síntoma de aumento del poder del espíritu (Nietzsche 2016a, FP 1886-1887, pp. 5 [71], 13, 167).

Pero ¿qué pasa en el caso de Alekséi Ivánovich? En el protagonista de *El jugadore* confluyen, en realidad, elementos de ambas clases de nihilismo. Por una parte, su fatalismo y su tendencia a la amoralidad lo acercan al *nihilismo pasivo*; en el mundo en que se desarrolla la novela, virtudes como la fidelidad en la amistad, la honestidad y el amor al prójimo ceden ante el afán de obtener dinero fácil, el cual lleva, a su vez, a la avaricia, al egoísmo y a la traición. Otros elementos, sin embargo, acercan esta obra al *nihilismo activo* entendido como exaltación de la vida y de la voluntad de poder.

Quien mejor ha conceptualizado la voluntad de poder es Nietzsche, quien sostiene que la voluntad de poder o dominio se identifica con *la vida misma* y se encarna en el superhombre, que consiste en el moverse en el movimiento de la autosuperación, lo cual equivale a la fuerza que utiliza el individuo para ir más allá de sí mismo (cf. Pieper 2012, p. 73)

En este sentido, Nietzsche afirma en *Así habló Zaratustra*:

En todos los lugares donde encontré seres vivos encontré voluntad de poder; e incluso en la voluntad del que sirve encontré voluntad de ser señor. A servir al más fuerte, a eso persuádele al más débil su voluntad, la cual quiere ser dueña de lo que es más débil todavía: a ese placer no le gusta renunciar (Nietzsche 2016, OC. IV, p. 199; cf. González 2023a)¹.

1 La voluntad de poder se manifiesta de manera paradigmática en la *moral de los señores* que Nietzsche desarrolla en la *Genealogía de la moral* y que está caracterizada por un temple anímico valiente y decidido. Nietzsche no propone una moral normativa, sino elaborara un test existencial que permite distinguir entre la vida del *Señor* y la vida del *esclavo*: ¿estarías dispuesto a repetir tu vida, tal como ha sido hasta ahora, por toda la eternidad? Este test apunta a determinar si una vida humana *vale la pena*. La actitud propia del superhombre es la afirmación de la propia vida, a pesar de todo el

En el primer capítulo de *Más allá del bien y el mal*, titulado «De los prejuicios de los filósofos», Nietzsche desarrolla una auténtica *fenomenología* de la voluntad de poder que, como veremos, se asemejan a algunos de los pasajes más relevantes de *El jugador* y que nos permitirán enriquecer nuestra labor interpretativa.

En primer lugar, Nietzsche, refiriéndose a Schopenhauer, afirma que los filósofos, por medio de una unidad verbal artificial, han simplificado y transformado en evidente el complejo fenómeno de voluntad. En toda volición hay una pluralidad de sentimientos: el sentimiento *del estado del que nos alejamos*, el *del estado al que tendemos* y el *sentimiento muscular concomitante*; a esto se agrega el *pensar*, ya que en todo acto de voluntad hay un pensamiento que manda, al cual Nietzsche denomina *afecto de mando*. En la voluntad confluyen entonces tres elementos: el sentimiento, el pensamiento y el afecto.

Lo que se llama “libertad de la voluntad” es esencialmente el afecto de superioridad con respecto a quien tiene que obedecer: “yo soy libre, ‘él’ tiene que obedecer”—en toda voluntad se esconde esa conciencia y asimismo aquella tensión de la atención, aquella mirada derecha que se fija exclusivamente *en una sola cosa*, aquella valoración incondicional “ahora se necesita esto y no otra cosa”, aquella interna certidumbre de que se nos obedecerá, y todo lo demás que forma parte del estado propio del que manda. Un hombre que realiza una *volición* — es alguien que da una orden a algo que hay en él, lo cual obedece, o él cree que obedece (Nietzsche 2016b, MBM, p. 50).

A Nietzsche le llama profundamente la atención que para referirse a un fenómeno tan complejo como la volición se ocupe una sola palabra. La idea del *yo* encubre así una dualidad, ya que somos nosotros mismos los que mandamos y los que obedecemos. Lo central para nuestro análisis, sin embargo, tiene que ver, como veremos con la noción de «afecto de mando».

En el segundo capítulo del texto, Nietzsche dice que, suponiendo que lo único dado en el mundo sean nuestros apetitos y pasiones, sería posible concebir este mundo «como algo dotado de idéntica grado de realidad que el poseído por nuestros afectos» (Nietzsche 2016b, MBM. p. 78). Si creemos en la causalidad de la voluntad, añade, «entonces *tenemos* que hacer el intento

sufrimiento. Lo que distingue a las vidas valiosas es la afirmación de la propia voluntad de poder o de dominio, es decir, la autoafirmación de la propia existencia, la cual solo obedece a su propia moral (cf. Nietzsche 2016, OC. III, p. 857; González 2023b, cap. VIII).

de considerar hipotéticamente que la causalidad de la voluntad es la única» (*Ibid.*).

Suponiendo, finalmente que se consiguiese explicar nuestra vida instintiva eterna como la ampliación y ramificación de *una única* forma básica de la voluntad, —a saber, de la voluntad de poder, como dice *mi* tesis— ; suponiendo que fuera posible reducir todas las funciones orgánicas a esa voluntad de poder, y que se encontrase en ella también la solución del problema de la procreación y la nutrición —es un *único* problema—, entonces habríamos adquirido el derecho a definir inequívocamente *toda* fuerza agente como: *voluntad de poder*. El mundo visto desde dentro, el mundo definido y designado en su “carácter inteligible”, — sería cabalmente «voluntad de poder» y nada más (Nietzsche 2016b, MBM, p. 79).

De acuerdo con lo expresado en este pasaje, Nietzsche, fiel a su posición epistémica perspectivista, propone interpretar el mundo *como si* fuese voluntad de poder, asumiendo implícitamente que esta visión del mundo —como tampoco ninguna otra— es demostrable racionalmente, dado que el perspectivismo supone la negación de la verdad entendida como correspondencia entre el enunciado y el fenómeno, para acercarse a una visión pragmática de lo verdadero².

Sin perjuicio de lo anterior, en la séptima parte de *Más allá del bien y el mal*, titulada «Nuestras virtudes», Nietzsche retoma su acercamiento de

2 De acuerdo con Nietzsche, no conocemos el mundo, pero podemos interpretarlo, sabiendo que lo que él llama *verdad* es, en estricto sentido, *una interpretación del mundo desde la perspectiva de nuestras creencias*. Esta posición corresponde a lo que Nietzsche llama *perspectivismo*, el cual ha sido adecuadamente conceptualizado por Cox como «el particular horizonte interpretativo de una forma de vida, definido como un centro evaluativo situado en lugares que van desde el micro nivel afectivo al macro nivel de la organización social, cultural y política»; para Nietzsche, agrega este autor, “no hay un mundo dado previos anterior a la interpretación; el mundo es construido por medio de la interpretación” (cf. Cox 1999, p. 155). La tesis perspectivista, por lo tanto, es epistémica, ya que responde directamente a la pregunta por aquello que podemos conocer. Se trata entonces de *una tesis epistémica de primer orden* que tiene, sin duda alguna, consecuencias metodológicas. La gran diferencia en materia epistémica de Nietzsche con un autor como Kant radica, en definitiva, en que Nietzsche no da cuenta de la realidad fenoménica intersubjetiva; de esto se sigue que no hay algo así como *una perspectiva humana del mundo*, sino, llevando la tesis al extremo, *tantas perspectivas como personas hay en el mundo*. Y estas diversas perspectivas, en la medida en que no podemos escapar de ellas, son, en gran medida, incommensurables. Si esto fuese correcto, no sería posible elaborar una tesis *verdadera* acerca del mundo, si es que entendemos que la verdad es la correspondencia entre el enunciado y el mundo fenoménico.

corte fenomenológico a la voluntad de poder. Lo que el pueblo llama espíritu, dice el filósofo,

quiere ser señor y sentirse señor dentro de sí mismo y su alrededor: tiene voluntad de ir de la pluralidad a la simplicidad, una voluntad opresora, domeñadora, ávida de dominio y realmente dominadora (Nietzsche 2016b, MBM, p. 220).

Lo más propio de la voluntad de poder de Nietzsche es la idea de que *toda voluntad*, aun aquella voluntad cristiana que explícitamente renuncia a dominar a otros, es y seguirá siendo voluntad de poder (Nietzsche 2016, OC. IV; GM I, 61-66). Esta idea es reafirmada en la novena parte de *Más allá del bien y el mal*, titulada «¿Qué es aristocrático?». En este capítulo Nietzsche retoma el tópico de la autosuperación del hombre que había abordado al comienzo de *Zarathustra* y propone una reconstrucción hipotética del origen de Estado: un grupo de hombres «con fuerzas de voluntad y apetitos de poder intactos» se lanzaron y dominaron «a razas más débiles, más civilizadas, más pacíficas» (Nietzsche 2016b, MBM, p. 268).

La casta aristocrática ha sido siempre al comienzo la casta de los bárbaros: su preponderancia no residía en ante todo en la fuerza física, sino en la fuerza psíquica — eran *hombres más enteros* (lo cual significa también, en todos los niveles, “bestias más enteras”) (Nietzsche 2016b, MBM, p. 269).

Al igual que en *Zarathustra* y en la *Genealogía de la moral*, Nietzsche afirma en *Más allá del bien y el mal* su convicción de que el verdadero contraste no se da entre el bien y el mal moral, sino entre la voluntad fuerte y la voluntad débil. En la época primitiva de la humanidad, los fuertes impusieron a sangre y fuego su visión del mundo por sobre los débiles. La llegada del cristianismo, en cambio, representó la *rebelión de los esclavos de la moral*: por medio de la cruz de Cristo, los esclavos divinizaron su propia debilidad e hicieron que los fuertes se sintieran culpables de su fortaleza; de esta manera, impusieron su interpretación del mundo, la cual ha predominado durante los últimos veinte siglos (cf. Nietzsche 2016, OC. IV, GM I, 50-58; Nietzsche 2016b, MBM, pp. 142-172). En conclusión, de acuerdo con Nietzsche,

toda la vida orgánica se halla permanentemente en estado dinámico y caótico de creación y descomposición: de dominar y ser dominada [...]. La voluntad de poder es una emoción, la emoción del dominio. Lo que se denomina libre voluntad es, en esencia, superioridad con respecto a algo que debe obedecernos [...] Pero ese algo no tiene porqué encontrarse fuera de nosotros. Nietzsche también está hablando de autodominio (Prideaux 2019, pp. 325-326).

Hasta aquí el análisis de la noción la voluntad de poder en Nietzsche.

En el caso de Dostoievski, si bien él no desarrolla una filosofía de la voluntad de poder propiamente tal, es posible encontrar muchas alusiones

a este concepto a lo largo de su obra. El escritor ruso entiende la voluntad de poder como *una actitud de autoafirmación de la propia existencia que se asocia un fuerte sentimiento de placer y de dominio*.

Para desarrollar esta tesis, resulta muy relevante en este contexto analizar detenidamente una de las frases finales que el protagonista de *El jugador*, ya caído en desgracia, anota en su libreta de apuntes:

Regenerarse, resucitar. Hay que demostrarles... Que sepa Polina que todavía puedo ser un hombre. Lo único que hace falta... Aunque ahora, por lo demás, es tarde, pero mañana... ¡Tengo un presentimiento, y no puede ser otro modo! ¡Disponga ahora de quince lises y empécé con quince florines! Si empiezo con prudencia... ¿Es posible, es posible que sea una criatura? ¿Es que no comprendo yo mismo que soy un hombre perdido? Pero ¿por qué no puedo resucitar? ¡Sí! Lo único que hace falta es, siquiera una vez en la vida, ser calculador y paciente, ¡eso es todo! Basta mantenerse firme una vez siquiera, y en una hora puedo cambiar todo mi destino. Lo principal es el carácter (Dostoievski 1973, pp. 166-167).

Profundizando en las líneas interpretativas de Jackson y Cherkasova, sostengo que *El jugador* debe ser leído desde los conceptos de nihilismo y voluntad de poder y que Alekséi Ivánovich es un personaje nihilista.

Como veíamos en las primeras páginas de este trabajo, Jackson sostiene que para Dostoievski la tragedia del jugador radica en el desarraigó y en la pérdida de la fe en Dios y que Cherkasova dice que la abuela «vuelve a la ruleta una y otra vez en un inútil intento de recapturar el sentimiento de control, grandiosidad y plenitud de vida» (Cherkasova 2024, p. 173).

El punto central radica en que, de acuerdo con la visión existencial de Dostoievski, después de la muerte de Dios la vida humana pierde su sentido y la humanidad queda completamente desorientada.

Pero ¿Qué podría remplazar la fe en Dios? De acuerdo con *Crimen y castigo* y *Los demonios*, la ideología, aunque se base en premisas extravagantes, puede llegar a ser una instancia dadora de sentido. El nihilismo, sin embargo, adopta variadas formas. Dentro de ellas encontramos una variante hedonista a la que pertenecen la gran mayoría de los personajes de *El jugador*. Como se sigue de la lectura de la novela, prácticamente todos ellos viven vidas vacías y fingen poseer un estatus social y económico del que carecen. Como todas las personas, aspiran al reconocimiento, pero basan su autoestima en factores externos y accidentales. Alekséi Ivánovich, por ejemplo, se queja del trato recibido en el hotel. A pesar de tener estudios universitarios y provenir de una familia noble, es tratado poco menos que como un sirviente de la familia del General Zagoriaski; este, a su vez, aspira a ser amado por *madeimoselle* Blanche de Cominges, la cual no duda en abandonarlo después de la catastrófica visita

de la abuela al casino de Roulettenberg. Bajo estas condiciones, las relaciones humanas se vuelven frías e instrumentalizadoras.

En este contexto, el triunfo en el casino, es decir, la posibilidad de ganar en dos horas una fortuna que permita vivir holgadamente el resto de la vida, se transforma en una obsesión, en la cura soñada no solo contra la pobreza, sino también contra el aburrimiento y la falta de reconocimiento. En este sentido, confirmando que existe un vínculo entre juego y nihilismo, Jackson dice que el mero acto de jugar «es una afirmación consciente o inconsciente de la falta de sentido del universo, del vacío de toda decisión humana [...] El jugador es fatalista» (Jackson 2024, p.115). La adicción al juego, como se ha visto a lo largo de este trabajo, está asociada a ideas irrationales. Esto recuerda un significativo diálogo de Alekséi Ivánovich con Polina:

- ¿Sigue, pues, convencido de que la ruleta es su única salida, su salvación? – preguntó ella, en todo de burla.

Le repetí muy en serio que sí. En lo que se refería a mi seguridad de que ganaría infaliblemente, podía parecerle ridícula, estaba de acuerdo, pero le pedí que me dejase en paz (Dostoievski 1973, p. 24).

Después de haberla experimentado intensamente la adrenalina del juego, la sensación de triunfo y el llegar a ser el centro de la envidia y de la atención de todos, Alekséi Ivánovich anhelará sentir de nuevo la voluntad de poder, es decir, este «sentimiento de control, grandiosidad y plenitud de vida» (Cherkasova 2024, p. 173). En un pasaje notablemente similar, Nietzsche afirma en *Más allá del bien y el mal* que la volición, este fenómeno complejo que supone pensamiento, sentimiento y *afecto de mando*, está asociado a los sentimientos de «coaccionar, urgir, oprimir, resistir y mover» y que el volente tiene erradamente a creer que existe un vínculo necesario entre voluntad y acción, de forma tal que se atribuye el buen resultado a la voluntad misma. Esto produce en el volente un «sentimiento placentero de ser el que manda al que denomina libertad de la voluntad» (Nietzsche 2016b, MBM, p. 51).

La descripción de Nietzsche de la volición coincide plenamente con la interpretación de Cherkasova, de acuerdo con la cual Alekséi Ivánovich quiere sentir de nuevo la voluntad de poder y con la definición de este concepto propuesto por Prideaux, a saber, una emoción, la emoción del dominio. Lo que se denomina libre voluntad es, en esencia, superioridad con respecto a algo que debe obedecernos (Prideaux 2019, p. 326). Esta tesis puede ser confirmada por medio del análisis de una serie de pasajes especialmente relevantes de *El jugador*.

Después del episodio tragicómico con el marqués ruso, Alekséi Ivánovich le dice a Polina que

La satisfacción siempre es algo útil, y *el poder salvaje e ilimitado – aunque sea sobre una mosca – también constituye una especie de satisfacción*. El hombre es un déspota por naturaleza y le agrada hacer sufrir. A usted eso le gusta terriblemente (Dostoievski 1973, p. 43, las cursivas son mías).

Al describir lo que sentía al experimentar la fiebre del juego, durante las escasas horas en que logró ganar cien mil florines, el protagonista dice:

No recuerdo si en este tiempo pensé una vez siquiera en Polina. Experimentaba un *placer irresistible* en recoger y acumular los billetes de banco, cuyo montón iba creciendo ante mí. En efecto, era como si se me empujase el destino (Ibid., pp. 134- 135, las cursivas son mías).

Y al caminar de vuelta a su hotel,

Solo experimentaba un placer terrible, el placer del éxito, de la victoria, del poderío, no sé cómo decirlo [...] Subí a la carrera a mi piso y abrí rápidamente la puerta. Polina seguía allí, sentada en mi diván, ante la vela encendida y cruzada de brazos. Me miró con asombro; claro que en esos instantes yo debía de ofrecer un aspecto bastante extraño. Me detuve ante ella y empecé a echar sobre la mesa todo el dinero (Ibid., p. 135, las cursivas son mías).

Todos estos pasajes coinciden en resaltar el placer irresistible asociado al sentimiento de poder ilimitado que experimenta el ludópata al ganar en el juego. Esta comprobación, que remite a la experiencia de Dostoievski en el casino, está evidentemente extrapolada y exagerada al máximo en las notas de Alekséi Ivánovich, especialmente cuando afirma que «el hombre es un déspota por naturaleza y le agrada hacer sufrir». En la misma obra de Dostoievski es posible encontrar personajes luminosos, como el Stárets Zósima (*Los hermanos Karamázov*), el príncipe Myshkin (*El idiota*), Makar Ivánovich (*El adolescente*) y Sonia Marmeladow (*Crimen y castigo*) que se caracterizan precisamente por su firme decisión de renunciar al despotismo y a la exaltación de la voluntad de poder, adoptado actitudes que solo pueden ser entendidas a partir de una espiritualidad basada en la aceptación paciente del sufrimiento y del martirio, siguiendo el ejemplo del Cristo crucificado. Por esta razón, la experiencia de un ludópata no puede ser generalizada y transformada en el paradigma de la acción humana. Dostoievski cree más bien en la libertad humana para optar entre la luz o la oscuridad: este es el caso de personajes atormentados como Rodion Raskólnikov (*Crimen y castigo*) e Iván Karamázov (*Los hermanos Karamázov*). Si bien Alekséi Ivánovich se aleja bastante de estos modelos, también él *eligió* el camino de la ludopatía en aquel instante fatal en que decidió abandonar a Polina para ir a jugar al casino,

pensando erradamente que se trataba de una *fatalidad del destino* (Ibid., pp. 130-131).

Sin perjuicio de lo anterior, el punto central que queremos destacar en este trabajo es lo que Dostoievski no dice, pero da a entender de manera implícita en *El jugador*, a saber, que el nihilismo no elimina la necesidad humana de un horizonte de sentido y de trascendencia, y que es necesario, por lo tanto, encontrar un reemplazo. En *Crimen y castigo* y en *Los demonios* el nihilismo conduce a sus protagonistas a adoptar delirantes ideologías revolucionarias; en el caso de *El jugador*, en cambio, el protagonista encuentra el reemplazo de Dios en las mesas de juego. Como afirma Jackson, «el jugador encuentra un padre o madre sustitutos en el destino, la oportunidad o la suerte» (Jackson 2024, p. 115).

Alekséi Ivánovich opta por la efímera, pero intensa sensación de poder que le otorga la ruleta; en lugar de ello, sin embargo, podría haberse casado con Polina en vez de abandonarla en medio de la noche para ir al casino. Muy tarde se entera de que ella también lo amaba. Su obsesión por obtener el reconocimiento instantáneo que otorgaba en Roulettenberg el triunfo en el casino lo cegaron con relación a los sentimientos que ella experimentaba. Mr. Astley tiene toda la razón al reprocharle su ingratitud, su carácter vicioso, el desperdicio de todos sus talentos.

Tal como en sus demás obras, Dostoievski hace que las ideas se encarnen en los personajes y los hace vivir las consecuencias de sus elecciones hasta la redención, la muerte, la cárcel o la locura. Alekséi Ivánovich no es la excepción a esta regla. Su historia termina con el recuerdo de su última vez en Roulettenberg. Había salido del casino y se había dado cuenta que apenas le quedaba un florín, que al menos le alcanzaba para comer. Pero cambió de opinión y dio la vuelta,

Puse el florín al *manque* (aquella vez fue el *manque*), y, en verdad, se experimenta una sensación muy particular cuando uno está sólo en tierra extraña, lejos de parientes y amigos y sin saber que va a comer y apuesta el último florín, ¡lo que se dice el último! Gané, y veinte minutos después salía del casino con ciento setenta florines en el bolsillo. ¡Es un hecho! ¡He aquí lo que a veces puede significar el último florín! ¿Y si ahora perdiése los ánimos, si no me atreviese a decidirme? ¡Mañana, mañana terminará todo! (Dostoievski 1973, p. 167)

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BERDIAEV, N. (1951), *El credo de Dostoyevski*. Barcelona: Apolo.
- CHERKASOVA, E. (2024), «Betting on Zero. Existential Themes in Dostoevsky's *The Gambler*», en S. Ebdokimova (ed.), *Dostoevsky's The Gambler*. London/New York: Lexington Books, cap. 5.

- COX, C. (1999), *Nietzsche. Naturalism and Interpretation*. Berkeley: University of California Press.
- DOSTOIEVSKI F. (2021) *El adolescente*. Barcelona: Alba Editorial; (2017) *Los demonios*. Madrid: Alianza; (2017) *Los hermanos Karamazov*. Madrid: Alianza; *Crimen y castigo*. Madrid: Alianza; *El idiota* (2016). Madrid: Alianza, 2016; (1973) *El jugador. Las noches blancas*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- FRANK. J. (2010), *Dostoevski. Los años milagrosos, 1865-1871*. Ciudad de México: FCE.
- GONZALEZ, M. (2023a), «La condición humana en Nietzsche. Una reflexión a partir de Zarathustra», *Tópicos*, 65, pp. 205-340; *Filosofía de la cruz* (2023b). Santiago: Ediciones UC.
- GUARDINI, R. (1954), *El universo religioso de Dostoyevski*. Buenos Aires: Emecé.
- NIETZSCHE, F. (2011ss.), D. Sánchez (ed.) *Obras Completas I-IV. Fragmentos póstumos*. Madrid: Tecnos; (2016b) *Más allá del bien y el mal*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza; (2009) *Genealogía de la moral*, trad. A. Sánchez Pascual. Madrid: Alianza.
- JACKSON. R. (2024), «Polina and Lady Luck in Dostoevsky's *The Gambler*», en S. Evbdokimova, *Dostoevsky's The Gambler*. London/New York: Lexington Books, cap. 3.
- PIEPER, A. (2012), «Zarathustra als Verkünder des Übermenschen und als Fürsprecher des Kreises», en V. Gerhardt (ed.), *Friedrich Nietzsche. Also sprach Zarathustra*. Berlin: Akademie Verlag, pp. 69-91.
- PRIDAUX, S. (2019); *Soy dinamita! Una vida de Nietzsche*. Barcelona: Ariel.
- STEPENBERG, M. (2019), *Against Nihilism. Nietzsche Meets Dostoevsky*. Chicago/London: Blake Rose Books.
- VOLPI. F. (2004), *El nihilismo*, trad. A. Vigo/C. del Rosso. Biblos: Buenos Aires.